

## Al encuentro de la luz y de la sombra

Es una mañana de mayo y el sol, que ya empieza a caldear, atraviesa los cristales repartiendo alegría por la estancia. Es una sala relativamente grande, con tres balcones al jardín, llena de obras de arte que esperan a ser vendidas. Todas parecen regocijarse con la luz, excepto una, un grupo escultórico formado por cuatro figuras que elude su exposición a los rayos. Las cuatro escapan de la claridad mientras paradójicamente vuelan hacia ella.

Como las alas de Ícaro, están hechas de cera.

Las figuras son etéreas y vulnerables. La escultora utiliza la cera como materia que emana piel y exhala algo de la esencia humana. Creada para ser suspendida, la pieza se muestra ahora sobre peana. Participando de la idea de coro nietzscheana, que en el teatro griego envolvía al espectador para transportarlo hasta la naturaleza, este Coro Apolíneo se eleva hacia la luz, como las flores que pintan los campos de primavera ascienden hacia el sol en un ritmo de giro imperceptible.

La idea de Maurice Maeterlinck, en la *La inteligencia de las flores*, de que el mundo vegetal, donde todo aparenta aceptación, silencio, obediencia, es el mundo en que la rebelión contra el destino es más vehemente y obstinada, ilumina esta alegoría coral, cántico a la libertad y grito frente al fatum.

En contraposición a la serenidad del vuelo, al universo alado tan hermosamente evocado, la artista despliega la fecundidad oclusiva de lo subterráneo en una serie de piezas que parecen recuperadas de una excavación arqueológica, una exploración llevada a cabo en un lugar perdido de la mente o en una cueva soñada.

Sus ropas los identifican, los convierten en personajes de alguna tierra ignota, seres proscritos de algún comic, mientras su naturaleza confusa, entre lo animal y lo humano, entre lo onírico y lo real, los hace brillar en las penumbras del entendimiento.

Inspiradas en *La tierra y los ensueños del reposo* de Gastón Bachelard, estas piezas del periodo oscuro componen un dramático bestiario. Al igual que las Bacantes, que embriagadas por la música olvidaron sus señas de humanidad, el barro que las modela parece haber sido fertilizado en el encuentro salvaje con los dioses.

Sin rasgos definidos, sus rostros apenas bosquejados evidencian pasiones y clamores interiores. En conjunto bailan una quimérica danza, concebida para ser representada entre la luz y la sombra, un hermoso cuadro que ha sido admirado en espacios institucionales de primer orden como el Museo Europeo de Arte Moderno de Barcelona.